

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Bauerkämpfer, Arnd y Rossoliński-Liebe, Grzegorz (eds.): *Fascism Without Borders. Transnational Connections and Cooperation Between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945*, Nueva York, Berghahn Books, 2017.**

**Boris M. Grinchpun**

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” -  
Universidad de Buenos Aires*

*matiasgrinchpun@gmail.com*

*Fecha de recepción: 05/12/2018*

*Fecha de aprobación: 07/12/2018*

**E**n su ampulosa novela *Gilles*, Pierre Drieu La Rochelle expresaba a través del rexista belga Walter su anhelo de que el continente se viera amalgamado y rejuvenecido por el “Nuevo Orden” que parecía asomar desde Grecia y Yugoslavia hasta Holanda y el Reino Unido: “el nacionalismo es ya obsoleto. Aquello que los poderes democráticos no lograron realizar en Ginebra, las potencias fascistas lo conseguirán. Ellas establecerán la unidad de Europa”<sup>1</sup>. Centrada en la travesía del epónimo personaje desde ser un veterano desilusionado hasta convertirse en un ultranacionalista inflexible, la narración culminaba con el

---

<sup>1</sup> Citado en Gottfried, Paul. E: *Fascism. The Career of a Concept*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2016, p. 107. Todas las traducciones son propias.

encuentro en España de europeos de extracciones diversas pero una misma persuasión. La cooperación entre polacos, belgas, franceses e irlandeses en el transcurso de la Guerra Civil le permitía a Walter soñar con “una nueva orden religiosa y militar” cuya lucha no conocería fronteras, en tanto “si no ayudan al fascismo a triunfar en sus propios países, podrían estar haciendo algo muy diferente, esto es defenderlos contra los fascistas, aún a riesgo de permitir que fuerzas antifascistas prevalezcan”<sup>2</sup>.

Publicada primeramente en 1939 y reeditada “sin censura” tres años después, la obra distaba de ser una *rara avis* en sus aspiraciones internacionalistas. El tradicionalista italiano Julius Evola podía enunciar contemporáneamente que erigir una nueva Europa —sobre los vestigios de este “mundo subvertido y condenado”— requeriría una nueva concepción de la acción y la guerra, lejos tanto de “ideas abstractas” y “premisas universalistas” como “de mitos irracionalmente concebidos”<sup>3</sup>. La contienda mundial habría desatado fuerzas que, de ser apropiadamente canalizadas, desembocarían en una nueva civilización en la que “el combate no se convertirá ni en una horrible carnicería, ni tendrá el significado de un desconsolado destino condicionado por la sola voluntad de dominio”<sup>4</sup>. Mientras tanto, “la paz no significará nuevamente un ahogo en la mediocridad burguesa cotidiana, ni el debilitamiento de la tensión espiritual que opera en la batalla”<sup>5</sup>. La cuestión no habría sido privativa de las épicas literarias filo-fascistas o de las reflexiones esotéricas sobre el alma europea, irrumpiendo también en la agenda de Alfred Rosenberg mientras planificaba la administración de los territorios conquistados por el Tercer Reich en el Este. Según consignó en sus diarios, el propio Adolf Hitler habría ponderado en junio de 1941 que lo más conveniente era exhibirse ante las naciones alineadas con el Eje como los “libertadores del bolchevismo”, recabando apoyo para la causa alemana al mostrar que ésta era en realidad “de interés europeo”<sup>6</sup>. Proclamas que no habrían sido una simple pantomima diplomática, en tanto pocos me-

---

2 *Ibid.*, p. 107.

3 Evola, Julius: “La doctrina aria de lucha y victoria (1940)” en *Metafísica de la guerra*, Buenos Aires, Heracles, 2009, p. 73.

4 *Ibid.*, p. 74.

5 *Ibid.*, p. 74.

6 Rosenberg, Alfred: *Diarios 1933-1944*, editado por Frank Bajohr y Jürgen Matthäus, Barcelona, Crítica, 2015 [orig. alemán 2015], p. 464.

ses después los intereses, percepciones y exigencias de los estadistas rumanos, croatas y húngaros se encontraban entre las principales preocupaciones del autor de *El mito del siglo XX*<sup>7</sup>.

Por encima de las innegables diferencias entre estas tres figuras, planearía como elemento compartido el reconocimiento de que los fascismos habrían tenido un carácter trasnacional. Éste habría despertado no sólo la inquietud de los intelectuales y las fantasías de los fanáticos, sino también operado como un horizonte de acción ineludible para los líderes de los gobiernos y los cabecillas de los partidos. Estos actores habrían incorporado dicha dimensión trasnacional a su identidad y autopercepción, no obstante lo cual el inocultable hiper-nacionalismo de los fascismos habría predominado como premisa metodológica. Así, como plantea en la introducción Arnd Bauerkämpfer, la historiografía en su conjunto habría tendido a tratar cada contexto nacional por separado. Si bien no desconoce lo fructífero de este enfoque, *Fascism Without Borders* —libro que el historiador alemán de la Freie Universität de Berlín co-edita con su colega polaco Grzegorz Rossoliński-Liebe— alega que la perspectiva trasnacional no debería ser soslayada. Uniendo a los movimientos que se hicieron con el poder en Italia y Alemania con aquellos que permanecieron como fuerzas de oposición en Rumania y Hungría, hubo premisas (la necesidad de regenerar a Occidente a través de una acción radical), enemigos (el capitalismo, el comunismo, el judaísmo) y aspectos simbólico-estéticos (la mística del sacrificio) compartidos. Elementos que no implicarían, por cierto, una identificación total, en tanto las particularidades locales habrían dado lugar a síntesis diferenciadas de una cultura y un lenguaje políticos en común. En este sentido, el racismo biológico podía ocupar un lugar central en el discurso y hasta en la *praxis* del nacional-socialismo, pero habría detentado un *status* mucho más incierto en la Italia fascista y en otras corrientes afines, donde factores como la cultura y la religión retuvieron su relevancia. Aún más fría habría sido la recepción a las pretensiones germanas de “supremacía aria”, las cuales a menudo pisoteaban las proyecciones de los chauvinistas de Europa Central y Oriental. Antes que ser banales altercados de café, estas disquisiciones habrían dado lugar a disputas abiertas, lo cual explicaría que la historia de las relaciones entre movimientos y regímenes no consista solamente de cooperación y coincidencias, sino también de choques y conflictos.

---

7 *Ibid.*, pp. 472-473.

Los editores reconocen que los estudios de este tipo no carecieron de antecedentes, con análisis comparativos apareciendo ya en los cuarenta y sesenta. Entre ellos podría destacarse la célebre monografía de Ernst Nolte, focalizada en *Action Française*, el fascismo italiano y el nazismo. El minucioso y erudito recorrido no hizo caso omiso de las peculiaridades, pero concluyó que en los distintos casos podía hallarse un mismo y radical intento de resistir el efecto disociador de la modernidad sobre la sociedad y el individuo sin por ello renunciar a la transformación y el progreso materiales<sup>8</sup>. Contemporáneamente, Walter Laqueur y George L. Mosse se aproximaron al “fascismo internacional” en una obra colectiva que exploró formaciones de dicha orientación en Francia, Rumania, Austria, Finlandia, Rusia y España<sup>9</sup>. Sin embargo, los avances decisivos se habrían producido en décadas más recientes, con el avance de la globalización y la crisis del “paradigma de los Estados-nacionales”, observable tanto en el estudio de las extremas derechas como en otros campos temáticos. Un aporte relevante habría sido la noción de “fascismo genérico”, acuñada por Roger Griffin como un tipo ideal weberiano basado en un “mínimo ideológico”: el “mito palingenético” —o un nuevo amanecer para Europa— y el “populismo-ultranacionalista”<sup>10</sup>. Roger Eatwell refinó posteriormente dicho concepto al aludir a una “matriz fascista” —integrada por mitologemas como el ultra-nacionalismo, la idea de renacimiento y la creencia en un “hombre nuevo”— desde la cual podrían extrapolarse los casos puntuales<sup>11</sup>. Detrás de estos desarrollos podría atisbarse un viraje más general: de la creencia en “hermanos mayores” que habrían fabricado en serie movimientos con diferencias cosméticas, se habría pasado a una perspectiva que pondría el acento en procesos profundamente creativos de circulación, intercambio y selección, en los cuales el rol de las organizaciones *a priori* minoritarias no habría sido pasivo ni marginal.

Dichos planteos pueden hallarse en el primer capítulo del volumen, en el cual Aristotle Kallis condensa el devenir historiográfico de los estudios sobre el “fascismo trasnacional”. Para el

---

8 Nolte, Ernst: *The Three Faces of Fascism*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1966 [orig. alemán 1963].

9 Laqueur, Walter y Mosse, George L. (Eds.): *International Fascism, 1920-1945*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1966.

10 Griffin, Roger: *The Nature of Fascism*, Nueva York, Routledge, 1993 [1991]. Años después, el mismo autor publicó *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, Bloomsbury, 1998.

11 Eatwell, Roger: “The Nature of 'Generic Fascism': the 'Fascist Minimum' and the 'Fascist Matrix'” en Iordachi, Constantin (ed.): *Comparative Fascist Studies. New Perspectives*, Londres, Routledge, 2010, pp. 134-161.

profesor de la Universidad de Keele, nociones como “imitación” o “transferencia” deberían ser abandonadas en favor de enfoques basados en la “re-contextualización” (p. 50). Las dos primeras aludirían a una dinámica netamente asimétrica, en la cual un actor dominante determinaría a un segundo que aceptaría —voluntariamente o no— las directivas impuestas. La segunda, por el contrario, contemplaría procesos tanto deliberados como inconscientes de recorte, sustitución y adición que habrían desembocado en permutaciones sumamente diferentes de un mismo “fascismo genérico”. De esta manera, la historia de estos movimientos no debería ser vista como un episodio en el decurso de algunos Estados-nacionales europeos —siendo otros más “resistentes” al mismo—, sino como un complejo proceso que habría atravesado las fronteras y excedido a los “grandes hombres”.

Ahora bien, ¿qué fue lo que circuló a través de este denso entramado? Por empezar, alternativas a los esquemas socioeconómicos vigentes, como el corporativismo. Si bien la ley Rocco de 1926 tuvo una aplicación limitada en la península itálica, como admite Matteo Pasetti, las corporaciones no habrían sido un fracaso rotundo. Su impacto en términos de propaganda habría sido notable, en tanto la prensa europea lo recibió favorablemente como una respuesta no revolucionaria al conflicto de clases. En el marco de la Gran Depresión, Italia llegó a aparecer junto a la Unión Soviética entre los países que habrían logrado doblegar la crisis. Los ecos se habrían hecho sentir en sedes dispares, desde el Ministro de Trabajo de Miguel Primo de Rivera Nicolás Aunós Pérez hasta el “planismo” de Henri De Man pasando por Portugal, Austria, Grecia y hasta los Estados Unidos del *New Deal*.

Estrechamente asociada con la reorganización de las relaciones productivas estuvo la regimentación del entretenimiento y el ocio, abordada por Anna Lena Kocks. El esparcimiento de las masas trabajadoras se habría vuelto una cuestión política con el surgimiento de las sociedades industriales, en tanto brindarían un instrumento para contener y descomprimir los conflictos de clase. Los fascismos habrían heredado esta preocupación y hallado en ella una oportunidad para promover valores propios como el compañerismo, la competencia, el atletismo y el espíritu marcial. La autora se aproximó a la problemática a partir de dos casos intencionalmente disímiles como la *British Union of Fascists* (BUF) capitaneada por Oswald E. Mosley y la *Organizzazione*

*Nazionale Dopolovaro* (OND), establecida por el *Partito Nazionale Fascista* (PNF) en 1925. Mientras la primera habría conservado el aura de los clubes de caballeros —típicos de las secundarias y universidades de élite—, la segunda habría dado rienda suelta a sus ambiciones al incorporar no sólo a los hombres, sino también a mujeres, jóvenes y niños. La institución italiana no sólo habría inspirado a la BUF, sino también a entidades afines creadas en España, Portugal y Rumania, por no mencionar la célebre *Kraft durch Freude*.

Otro elemento compartido fue el interés por la juventud, sea como auto-representación o como grupo social por conquistar. De dicha “generación impoluta” saldrían los futuros líderes y soldados, lo cual explicaría el empeño puesto y los recursos invertidos en organizaciones que reclutaran jóvenes a escala nacional. En este punto, la influencia de las *Hitlerjugend* (HJ) y de la *Opera Nazionale Balilla* (ONB) habría sido palpable, pero —según sugiere Goran Miljan— no excluyente. Reconstruyendo las trayectorias de la Guardia de Hlinka eslovaca y la *Ustaša* croata, el especialista sostiene que los enlaces entre las ramas juveniles de fuerzas muchas veces pasadas por alto habrían tenido un impacto considerable. La celebración de certámenes deportivos, la realización de campamentos de verano o el encuentro en foros internacionales de juventudes fascistas —como los realizados en Weimar, Florencia y Madrid en 1942— habrían acercado a actores y agrupamientos que habrían podido vincularse con una cierta autonomía de los “socios principales” del Eje.

Esta visión de un continente joven y renovado, ni capitalista ni socialista, habría hallado numerosos adeptos y voceros dentro de la *intelligentsia* europea. Uno de ellos fue el escritor y crítico musical Robert Brasillach, discípulo de Charles Maurras y camarada de Drieu La Rochelle, quien terminaría sus días siendo ejecutado por colaboracionista. En el pormenorizado capítulo que le dedicó, Marleen Rensen detalló cómo este personaje abandonó en los treinta el *nationalisme intégral* para promocionar el Partido Rexista de León Degrelle, la Falange de José Antonio Primo de Rivera y —tras ciertas sospechas— el nazismo. Durante la ocupación, tanto sus libros como sus artículos de *Je suis partout* abandonaron la cautela inicial para abrazar plenamente el “Nuevo Orden” nacido de la *Blitzkrieg*. Las conquistas germanas habrían inaugurado una oportunidad única para Francia, la cual podría posicionarse como aliada privilegiada en la lucha contra el judaísmo y el bolchevismo. Alimentada quizás por la política alemana de endulzar los oídos de las

élites galas para retener su respaldo, esta apuesta no habría sido muy distinta a la del Mariscal Philippe Pétain. Y, con toda seguridad, no fue más afortunada.

Otros tópicos tuvieron una difusión más restringida, llegando a convertirse en la materia prima de encendidas polémicas. Uno de ellos fue el antisemitismo, asociado casi naturalmente con los fascismos a pesar de la intrincada trama que los conecta. Si bien la “conspiración judía internacional” fue un mito capaz de galvanizar y movilizar a las extremas derechas al ofrecer un enemigo común, la posición de los gobiernos y los movimientos en este terreno fue sumamente despareja. Frente a la centralidad que la temática pudiera tener en la cosmovisión de los nazis, su lugar en el Portugal de Antonio Olivéria de Salazar, en la España de Francisco Franco y hasta en la Italia de Benito Mussolini habría sido menos unívoco. Tal habría sido, de acuerdo con Raul Cârstocea, el hallazgo de Ion Moța, el enérgico lugarteniente de Corneliu Codreanu en la Legión de San Miguel Arcángel. Sus intentos de crear un frente continental contra el judaísmo habrían naufragado frente al escepticismo que en diversos foros internacionales manifestaron las derechas de otros países. De hecho, la hostilidad a “lo hebreo” no le habría granjeado a la Legión el apoyo de los nazis, quienes vieron a los rumanos como muy cercanos a Italia y demasiado peligrosos para las minorías. No sería casual entonces que, a la hora de cimentar su control, los alemanes privilegieran su alianza con el militar antisemita y nacionalista Ion Antonescu, verdugo en última instancia de la Guardia de Hierro.

Los recorridos realizados por los distintos autores tendieron a confluír en torno de ciertos nudos problemáticos. Uno de ellos fue el influjo ejercido por las experiencias italiana y alemana, haciéndose hincapié en su reapropiación por parte de movimientos “minoritarios” y en la traslación de hegemonía del fascismo al nazismo. Monica Fioravanzo acotó en esta línea que —a pesar del interés suscitado en ambos márgenes del Atlántico por las medidas adoptadas— la proyección internacional no habría sido una prioridad de los diplomáticos y funcionarios fascistas. La postura habría cambiado sensiblemente en el decenio posterior, a causa de la consolidación interna del régimen y de la aparición de un rival potencial del otro lado de los Alpes. Fue así que el décimo aniversario de la llegada al poder fue saludado con una reivindicación de la universalidad del mito de Roma, el cual indicaría —según la interpretación del *Duce*— que

Italia debía salvar al continente. La proclamación se vio acompañada por iniciativas como los *Comitati d'Azione per l'Universalita di Roma* (CAUR), los cuales zozobrarían con el aislamiento sufrido por Italia como consecuencia de la Guerra de Etiopía. El acercamiento a Alemania ocurrido a partir de entonces habría sido presentado como una convergencia sin subordinación, en tanto Mussolini habría conservado la expectativa de dirigir una diplomacia autónoma. Estas ensoñaciones se habrían visto frustradas por los desastres de sus tropas y por el creciente desdén de sus aliados. Para los germanos, la “ley de hierro” de todo plan continental habría sido la superioridad sobre los demás pueblos. Chauvinismo que, según Johannes Dafinger, no habría impedido que cosecharan aliados en Escandinavia, Italia y el sudeste europeo. Un continente unido por el anticomunismo y el anti-judaísmo habría sido un punto en el cual los intelectuales *völkisch* de Austria y Hungría pudieron acordar con Hitler, para quien Europa era una entidad cultural y racial más que geográfica. Declaración lo suficientemente vaga como para dejarle las manos libres al *Führer*, pero no por ello menos eficaz.

Si estas perspectivas parecerían confirmar la imagen de un paulatino declive fascista acompañado por el ascenso arrollador de un *hegemon* nacional-socialista, otras contribuciones complejizarían el cuadro. Para Claudia Ninhos, en Portugal el caso alemán fue tomado como modelo para pensar el liderazgo carismático y la organización de la economía, al tiempo que existió una convergencia notoria en posturas como el anti-parlamentarismo, el anticomunismo y el tercerismo. No obstante, el país ibérico exaltó paralelamente a la Italia de Mussolini, careció de un movimiento de masas y le confirió al catolicismo una centralidad inexistente en Alemania. Por no mencionar que Salazar se distanció recurrentemente del nazismo en sus alocuciones y mantuvo tozudamente la neutralidad de su país durante la contienda mundial. De hecho, al inclinarse la balanza del conflicto el dictador no tuvo mayores miramientos en vedarle el ingreso a los submarinos alemanes a las Azores para permitir su uso por la aviación aliada.

En otras instancias, las negociaciones no pudieron zanjar los diferendos, conduciendo a duros enfrentamientos: como muestra Rossoliński-Liebe, las relaciones del nazismo con las extremas derechas de otros países se vieron enturbiadas por malentendidos, impedimentos prácticos y proyectos incompatibles. Al ya citado naufragio de la Legión de San Miguel Arcángel y la



Guardia de Hierro, este historiador añade la experiencia de los “austrofascistas” y de los nacionalistas ucranianos. La resistencia de los primeros a las pretensiones germanas de anexar y dirigir Austria motivaron una brutal reacción de los nazis, quienes ya en 1934 pretendieron hacerse con el poder a través de un golpe de Estado. El malogrado episodio —un fiasco diplomático que se cobraría la vida del canciller Engelbert Dollfuss— no habría alterado la posición del NSDAP, el cual tras el *Anschluss* apesó aun a los “austrofascistas” más entusiastas. Todavía más frágil habría sido la posición de Stepan Bandera, líder del ala militante de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) quien buscaba fundar un Estado-nacional propio dentro del “Nuevo Orden” establecido por el Tercer Reich. Al igual que Codreanu, Dollfuss y Horia Sima, Bandera se habría visto asediado por las divergencias con sus compatriotas y avasallado por las necesidades que tenía Alemania de controlar estrechamente a sus aliados. Poniendo el pragmatismo por encima de la *Weltanschauung*, Hitler habría favorecido acuerdos con actores más moderados pero menos imprevisibles que los fascistas de otros países.

Otra problemática subrayada por los autores es la interrelación entre el “fascismo trasnacional” y la igualmente amplia gama de los antifascismos europeos. Unos y otros, al percibirse mutuamente como amenazas de escala global, habrían ingresado, según Kasper Braskén, en una dinámica de influencia recíproca, potenciándose y redefiniéndose constantemente. Las izquierdas europeas habrían reconocido tempranamente que lo ocurrido en Italia —y luego replicado en otros países— representaba una forma novedosa de contrarrevolución, lo cual exigiría una respuesta concertada y decidida donde quiera que apareciera. Uno de los principales obstáculos a dicha reacción habría provenido de la Unión Soviética, la cual antepuso —como haría luego el Tercer Reich— la *realpolitik* a la ideología. Para preservar los cordiales vínculos diplomáticos con la Italia de Mussolini, la Comintern atenuó su antifascismo. La adopción de la política de frentes populares al promediar los treinta habría implicado solamente un giro táctico, en tanto Stalin habría procurado ganar aliados y no aplastar el fascismo, como esperaban los comunistas exiliados en París y Londres. El pacto Mólotov-Ribbentrop habría sido la prueba más patente de dicho pragmatismo.

Por cierto, el antifascismo conoció otras expresiones. Francesco Di Palma recuperó en este sentido la diáspora europea de socialdemócratas italianos y alemanes. Nucleados en torno del *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (SPD) y de *Giustizia e Libertá* (GL), políticos e intelectuales de la talla de Rudolf Hilferding y Carlos Rosselli confeccionaron reportes y diagnósticos de los regímenes que dominaban sus países. Al tiempo que identificaron a los fascismos con la barbarie y al socialismo con la salvación, estas figuras habrían protagonizado un viraje que anticiparía el realizado por las centro-izquierdas durante la posguerra, en tanto habrían abrazado una vertiente democrática y libertaria del marxismo. Por su parte, Silvia Madotto rescató el caso de Silvio Trentin, académico y miembro de la sección de GL en Toulouse. La trayectoria de este académico —al igual que la de Marc Bloch— apuntaría a los lazos entre los medios universitarios y el antifascismo, pero también a la aglomeración de todo un abanico de fuerzas frente a un enemigo común. Como Hilferding y Rosselli, Trentin también participó de los debates sobre el futuro del continente, propugnando un modelo federal y socialista para Europa.

Según sintetiza Bauerkämpfer en las páginas finales, el “fascismo trasnacional puede ser concebido como un conjunto —selectivo y sin fronteras— de percepciones, contactos, actividades colaborativas, transferencias, apropiaciones e implementaciones de ideas, prácticas, estilos e instituciones por fascistas y no fascistas con finalidades específicas, de acuerdo con las condiciones, necesidades y demandas prevalecientes”. La cooperación habría sido un “aguijón aún para sus oponentes, quienes se vieron atemorizados por una amenaza putativamente unificada, aunque múltiples diferencias y desacuerdos separaron a los fascistas entre sí” (p. 361). De seguro, la apuesta del autor y los demás colaboradores podría ser desestimada como el producto de una moda pasajera, que buscaría trasnacionalizar obsesivamente las ciencias sociales y las humanidades. No obstante, *Fascism Without Borders* va más allá de lo meramente declamatorio al mostrar que la historia de los fascismos —y de las extremas derechas en general— no puede reconstruirse tomando a los países como compartimentos estancos o trazando comparaciones arbitrarias y mecánicas. Revela también que en la primera mitad del siglo XX estos movimientos se contaron entre los más influyentes e innovadores, aún si estos cambios se vieron orientados por el expansionismo, el racismo y el militarismo. Desde ya, su carrera política terminaría

estrepitosamente con la debacle bélica y la revelación de las atrocidades cometidas a lo largo de Europa, aunque su influjo no sería tan efímero. Desde cenáculos de intelectuales anti-sistema hasta milicias clandestinas, pasando por partidos marginales y otros que acarician el poder, los mitos de la comunidad nacional, la exaltación de la autoridad fuerte, el temor a los extranjeros y el odio a las izquierdas manifiestan hasta la actualidad una notoria vitalidad y una estremecedora capacidad de arrastre.